

DON QUIJOTE, CONCIENCIA DE ESPAÑA

Nace Cervantes cuatrocientos años há en un mundo superpoblado de soldados, frailes, monjas, poetas, faranduleros, pícaros, arrieros y demás gente del pueblo. Y no es que otro país o edad no los haya tenido, pero ahora anda suelta como nunca esa tropa; y, lo que importa más para nuestro designio, retoza a sus anchas en el prado español. Quizá no volverá a repetirse semejante espectáculo en que se ven súbitamente arrojados a la vía pública entes humanos de otra edad histórica, hombres cuya dieta espiritual les viene de la Edad Media, transportados de improviso a un horizonte más dilatado en el orden físico, de mayor densidad en intereses humanos y mucho más sueltos los cabos de las relaciones rígidas y precisas del medioevo.

España es la primera que acomete las grandes empresas renacentistas: descubrimiento del Nuevo Mundo y conquista de América; la consolidación del Occidente europeo frente al mundo oriental y el ordenamiento de un Imperio y un Estado nacionales. Sólo que estas vastas tareas las realiza sin haber salido del todo de la Edad Media: el mismo espíritu de las cruzadas que alienta el triunfo español sobre los moros, se prolonga a través de los nuevos acontecimientos donde se perfila el mundo moderno.

El español es en esta edad el primer pueblo europeo sin saberlo, de súbito y sin haber dejado de ser ante todo castellano o leonés, catalán o vizcaíno. No obstante la amplitud de los extremos geográficos que se abren ante sus ojos, su sentimiento interior le acusa una mayor densidad del medio: es como si Europa entera y las Indias se hubiesen vaciado en la península. Las cuestiones europeas o americanas son como modalidades del ser español y, por tanto, se ventilan con un criterio doméstico elevado a categoría universal. En ellas y con ellas juega su destino, con el mismo ardor que en la guerra contra los moros.

Por otra parte, acude España a los innumerables quehaceres que le impone la hora histórica, echando mano de todos los recursos humanos a su disposición, en cuyo movimiento se descuajan los cuadros sociales, imperturbables hasta entonces, que contenían la vida española. Saltan de sus marcos y cobran una nueva vida independiente las piezas de estructura social.

Es el renacimiento. Un chaparrón violento sobre una tierra reseca y ávida de agua. No obstante, tan rápidamente como llegó habrá de evaporarse la humedad sin haber calado en las honduras del alma española. Antes y después predominan la nota grave, árida, tremenda, del paisaje castellano que, junto con las prolongadas vigiliias y la mucha lectura de caballerías, secó los sesos de Don Alonso Quijano.

En el intermedio la vida fluye alborotada y veloz en los caminos, en las posadas, bajo la sombra de cualquier bosquecillo, cabe los arroyos o entre las peñas; siempre al aire libre, en plena campiña y de tránsito. A dónde vá España?

Parecen saberlo los que sientan plaza en las compañías de Italia, sirven a las galeras del rey ó se embarcan a las Indias. Pero, España misma, qué se propone al echarse de esa manera por los caminos del mundo? Unos dicen que cristianizar las tierras de infieles; otros, sumar nuevos reinos a la corona de los Reyes católicos. Quién lo podía saber entonces, no obstante que ahora digamos nosotros: América y con este nombre evoquemos el origen común de diecinueve pueblos de habla española. Acaso lo sabía aquél caballero que se hizo llamar a sí mismo, Don Quijote de la Mancha?

Es una edad de grande trasiego, mudanza y cosas imprevistas. Se vive a la intemperie, a como dé lugar la ocasión, improvisando remedios a la necesidad. Un chorro de cosas maravillosas brota a cada vuelta del camino: lo mismo es una conversión súbita que vuelve santo al otrora soldado o cortesano; que la fortuna, engar-

zando la vida de un porquerizo o de un estudiante destripado en la figura de un gran conquistador. Nadie sabe qué le habrá de deparar el azar, que hace y deshace la vida de los hombres como personajes de una farsa.

Más no sólo en las alturas, también sobre los humildes cumple su sortilegio esta varita mágica. Qué cosa más maravillosa le ocurre, en efecto, a Sancho el más vulgar de los siervos españoles. Verse arrastrado con todo y pollino a una serie de aventuras fantásticas que a él mismo lo transforman un día en discreto Gobernador de Barataria y otro en Rey de burlas. Acabará por creer las fantasías de su señor y desesperadamente intentar persuadirlo a que no se muera, cuando éste confiesa de locuras todas las invenciones de su imaginación. Y hé aquí, cómo el esforzado y sin par caballero Don Quijote de la Mancha vence, a la postre, no a Sancho, que es suyo por entero sino a la endeleble carne del hidalgo moribundo!

Hay alegría y confianza de la vida, aún cuando esta sea ruda y se vea apurada por mil necesidades de las cuales no es la menor el hambre. Pero el ingenio acude al remedio y brotan mil invenciones: pícaros que acuden a malas artes para vivir regaladamente; enamorados decididos de coplas que se valen de mañosos artificios para lograr el objeto de sus deseos; cortesanos y estudiantes que lo son apenas de la sopa de pobres; ladrones con todo género de hábitos y señores que corren aventuras bajo el disfraz de pastores o arrieros.

En este mundo encantado, realmente lleno de maravillas y asombros, no es obra de violencia sino cosa muy natural que a Alonso Quijano le vayan exprimiendo sus jugos la soledad del yermo, la pobreza y el vacío de su vida. Entre la caza y los libros se defiende de las uñas negras de la miseria y del tedio; pero, a poco tiempo el fuego conservado en los rescoldos del alma, secretamente alimentado por las hazañas caballerescas que repasa en sus lecturas levanta la llama de la demencia y,

al fin, el incendio en que se consume la última brizna de su cordura.

Sin embargo y hasta cierto punto la locura que sobreviene a este ejemplar de una nobleza aldeana en positivo naufragio, es un puro incidente doméstico que no interesa al prójimo. No sería discreto, además, penetrar en la intimidad de la conciencia de otro hombre para arrancarle los secretos resortes de su dicha o de su desventura. Qué fué el amor retraído y oculto por Aldonza Lorenzo, o la lasitud de una vida sin afanes, más la carga espiritual del pasado que se pudre en el pozo de la conciencia? El amor que no acierta con su objeto, el desamor, la soledad del yermo y el desquite de las cosas muertas, que más dá, ni pone ni quita verdad a la historia de este famoso caballero Don Quijote la revelación de aquellas tribulaciones que pertenecen al anónimo hidalgo de la Mancha.

Ni siquiera son suficientes las lecturas de los libros de caballería por si sólo, para dar cuenta cabal de las famosas aventuras del caballero manchego. Es cierto que este hecho, arraigado en el pasado vulgar y anodino de su existencia, aporta ese primer plano de ilusión de la novela que en continuas y sucesivas refracciones de sus imágenes, al pasar a través de la densidad real del mundo, provoca el efecto mágico de un juego, donde se despliega la danza de las pasiones humanas bajo una atmósfera risueña y en ocasiones francamente cómica. Pero no es todo.

La novela no es sólo un espejo de la condición humana. Más parece un proyector cinematográfico, cuyo oculto mecanismo trabaja desde la cabeza de Don Quijote y por obra de su demencia. Sin embargo, el lector abriga la sospecha de que no es un puro cuento y de que todo el relato haya tenido su domicilio en el reino de la fantasía. A la hora del balance final nos queda un saldo, irreductible al juego de las imágenes y a los artificios de la composición más un dejo de amargura.

La acción real de un hombre sobre el haz de la tierra, como es el caso de Don Quijote, no puede explicarse por un puro efecto de la fantasía; ni como un medio retórico de que se vale el novelista. Quizá no haya ninguna razón con la cual el hombre pueda dar cuenta de su nacimiento, de su pasión y de su muerte; y en tal caso que cosa más próxima a la inocencia del alma que no sea la demencia? Cervantes hace surgir a Don Quijote del escuálido cuerpo de un hidalgo manchego, y entre uno y otro deja caer el velo de la locura que hace más próxima la semejanza a un efectivo nacimiento.

Va naciendo Don Quijote a la vida de la caballería andante, que es su verdadero mundo y al cual nunca arribará, por tanto, mientras avanza por el campo de Montiel; y a medida que su locura se torna más real con la suma de sus disparatadas aventuras. Cuando ya no le queda un grano de demencia se acaba por sí sólo, su vida que mientras más avanza se haya menos próxima de la meta, para despertar en el lecho de muerte vuelto a su antigua naturaleza de vulgar habitante de un lugar de la Mancha.

Imagen de la grandeza y decadencia de España? Si, pero del hombre también, en cuanto aquella coincide y transparenta la de éste, en esa hora que la coge de improviso realizando hazañas que habrán de dar con sus huesos en tierra, como las aspas de los molinos con los de Don Quijote. La vida no le da tiempo, no lo tiene ningún hombre, de averiguar de antemano la calidad fértil o vana de su simiente. En cambio, insta a que la mano arroje al viento el grano de la especie. Hay que contemplar a Cervantes y con él a España en el instante de aventar al espacio un puñado de semillas humanas. Don Quijote, más que una de ellas es la representación de esa fecundidad disparatada, de la cual nace y renace el hombre de continuo.

Esta criatura grotesca, en cuyas carnes se graban ya los nudos y cuarteaduras de la vejez se siente henchido

de una savia de juventud vigorosa y cándida, que lo arrastra en pos de inigualables hazañas. Es la vida de un mundo, cuyo advenimiento pone en estado convulso a su pueblo. Cuál no será el poder de esa oscura corriente del destino histórico que saca de sus casillas a una nación entera, qué le contagió el hervor de la primavera a esta humilde raíz perdida en un lugar de la Mancha?

Sin ese empujón de la historia, que a la vez padecen España entera y Cervantes, este último en dirección contraria del movimiento que aquella trae, no se explicaría la integridad del drama contenido en la historia de Don Quijote. En el rebote que da la vida de Cervantes —jamás obtiene suerte donde tantos soldados conquistaron fama— sobre el alud español, brota la imagen del fachoso caballero, a cuyo fulgor demente se vislumbran las profundidades de un pueblo en marcha, el cual a su vez cobra conciencia de sí mismo a través de la extraña pasión de Don Quijote.

Mientras la conciencia intelectual de Europa, representada por Descartes, toma posesión de la certeza absoluta como preliminar de la acción, España deja fluir la vena irracional de la vida encarnada en Don Quijote, a fin de medir la estatura exacta del hombre.

A la hora de ser escrita la obra de Cervantes hará ya algo menos de un siglo que Erasmo escribió el "Elogio de la Locura". No es acaso, Don Quijote, la advertencia de que el hombre no es capaz de ser verdaderamente loco? Cae siempre de nuevo en la razón, porque carece del vigor suficiente para seguir a aquel, con que secretamente simpatiza en sus afanes. Es demasiado cuerdo aún el hombre para llegar al sacrificio. Ríe, goza, manteniendo sin desenlace el drama de la locura, en pura suspensión tragi-cómica.

España no sabe a donde vá. Cervantes, que cree saber lo que quiere marcha sin darse cuenta contra la corriente que empuja a su pueblo; a cambio de ello, le

brinda al final de tantos esfuerzos inútiles, Don Quijote, una conciencia donde España y el hombre moderno pueden tomar las medidas al propio tamaño de su razón, de su belleza y de su ímpetu heroico.

ARMAS Y LETRAS. No. 10. Año IV.
Monterrey, N. L., octubre de 1947.

SIGNIFICACION DE LA TECNICA

Ciertos hechos recientes, que por ser excesivamente notorios nos ahorran la necesidad de nombrarlos, han atrapado la atención pública sobre la significación de la técnica como factor histórico y cultural.

Preocupa a muchos que en la guerra recién liquidada haya intervenido de manera decisiva la aplicación y la eficacia técnica de los instrumentos de combate. Y de esta preocupación se origina un sentimiento de temor y de admiración, que anda muy próximo a transformar en mito el conocimiento y la posesión de tales recursos. Al calor de este arrebato sentimental se encienden protestas más o menos vehementes por la amoralidad del pensamiento técnico.

Es curioso observar que la conciencia se defiende contra su secreta y ciega admiración por la técnica, acusándola de fomentar fines que sólo ella concibe, con perjuicio de otros que recela no saber guardar. Adivina un riesgo en que las posibilidades de causar la muerte sean tan accesibles y fáciles de ejecutar, como el sencillo ademán de empujar un resorte.

En esta contradictoria reacción a la influencia de la técnica en la vida moderna se encuentra un testimonio actual del "tabú" primitivo que preserva de manera inconsciente la integridad de la tribu. Siembra riesgos ocultos y misteriosos para que la conducta se deslice por los pasajes familiares a los iniciados en la vida común. Levanta barreras imaginarias erizadas de dificultades, para los actos cuya sencillez de ejecución corre parejas con la repugnancia que inspiran.

Puede observarse también como pervive y mantiene su eficacia hasta nuestros días la ley generativa del mito, en franca competencia y hasta tratando de sojuzgar a los procesos técnicos. En lo cual se cumple un movimiento de compensación muy propio del ser huma-